Año V—Epoca II La Plata, 1ª quincena de Abril de 1923 Núm. 95

IDEAS

Redacción y Administración: 14 N. 1227
LA PLATA

Suscripción mensual 0.20
Número suelto. . . 0.10

Publicación Quincenal | Editada por la Agrupación del mismo nombre | Administrador: Risto Stoianovich

DE LA VIDA LAMENTABLE

Los esclavos del oro

He ahí un montón de seres humanos con la ansiedad pintada en los semblantes, el gesto vago y la mirada absorta, que febrilmente se agitan y forcejean. ¿Qué honda preocupación los embarga, qué objeto trascendental persiguen, qué magno Ideal hízoles sacrificar todo lo que tuvieran de humano, sentimientos, afectos y pasiones?

Observadlos bien y quedaréis asombrados. Ningún afán idealista los anima, ningún pensamiento grande los impulsa. Sus privaciones y sacrificios no son las del apóstol o del asceta sino las del avaro ambicioso. No buscan redimirse ni redimir a nadie; persiguen simplemente. . . una *posición.*

Este que veis de rostro demacrado y manos callosas, es sin duda un obrero. Mirad qué presuroso corre a su yugo día por día; trabaja sin descanso desde el alba hasta la noche, y aun le parece poco. Es preciso halagar al patrón para que le permita sudar o deslomarse una hora más, con lo cual aumentará la paga. Por lo demás, conviene halagarlo siempre, pues él es quien manda y puede aumentar o disminuir el salario. Que nadie le hable de huelga o reclamaciones. ¿Exponerse a perder algunos jornales y aun a que lo despidan? ¡De ninguna manera! El prefiere conquistar la simpatía del amo, siendo dócil, trabajando con celo por los intereses de aquél. Al cabo será recompensado, y los demás, que se fastidien. Al llegar a su hogar este hombre, cambia de expresión y de gesto; de sumiso y servil tórnase irascible y despótico, y se desquita de todas las humillaciones, en la mujer y los hijos que a su juicio son sus esclavos naturales.

Por más que escudriñéis en su vida, no hallaréis en ella un momento de expansión, de cordialidad o de amor. Siempre el mismo tono sombrío y la misma ambición torturadora: la de ser amo, explotar a los demás como lo explotan a él, verse dueño de una gran fábrica y acumular el oro a montones; he ahí su ideal y su sueño. Por eso trabaja sin descanso y se priva de todo. «La economía es la base de la fortuna» y hay que ahorrar todo lo posible; luego, ya se desquitará...

Ved ahora otro ejemplar de la misma especie. Se trata de un rico industrial o un comerciante acaudalado. ¿Pensáis que por disponer de más medios, vive tranquilo y despreocupado? Todo lo contrario. Sus riquezas lo desvelan perpetuamente, su sed de oro aumenta en mayor proporción que sus riquezas y todos sus sentidos, su actividad e inteligencia, convergen a un solo punto: los negocios. Para este hombre no hay más valores que los que se cotizan en el mercado y solo sabe de compras y ventas, solo conoce el debe y haber; los hombres se dividen para él en deudores y acreedores. Desconfiar de todos y de todo es su eterna norma de conducta. En una palabra, este sujeto es uno de los seres más tristes y lamentables, un verdadero desheredado de la vida, a la que desconoce. Y sin embargo ¡cuántos infelices envidian su suerte y ocuparían con gusto su lugar!

Veamos por último otro tipo bien distinto de los anteriores. Se halla en la flor de la edad; en los veinte años pletóricos de savia y desbordantes de optimismo. Su vida material hállase asegurada. No es esclavo del taller ni del escritorio. Rinde culto a la noble Minerva. Es un estudiante.

Por todas estas condiciones podría creerse que su espíritu no se halla embargado por las preocupaciones torpes y mezquinas que absorben al traficante avaro o al mísero explotado anhelante de explotar. Pero no es así, por desgracia. El virus que hoy todo lo envenena, también contaminó esa conciencia joven, y el que podría ser un denodado luchador por el bien, es ya un vil especulador como hay tantos. Sus actividades todas tienden por ahora a un solo objeto: conquistar el título, la patente de sabio oficial. Luego no habrá más que negociarlo de cualquier manera: por una dote, en el matrimonio, por una banca en la política, por un sitial cualquiera que permita engañar, explotar... y *hacer* dinero. Ningún impulso noble, ninguna idea generosa. Este hombre joven es una desolación viviente.

Individuos así que no conocieron un instante de sana expansión, que viven eternamente hostigados por su ambición insaciable, no pueden menos que producirnos la misma impresión de horror que ciertos animales repulsivos. Son los miserables engendros de un régimen tan infame como torpe, al que debemos combatir sin tregua para evitar que nos arrastre en sus innumerables engranajes que conducen todos a la infamia y la degradación.

JACOBO PRÍNSMAN.

NUESTRO EDITORIAL

El más grave cargo

Giremos la vista a nuestro alrededor: no encontraremos en la vida entera de las sociedades actuales, nada bello, nada grande, nada merecedor de ser tenido en cuenta como ejemplo de amor, o de virtud salvadora de toda dignidad.

Ayuno de valores relevantes, flaco de entusiasmos fecundatrices, paupérrimo de nobles virilidades, el espectáculo que nos presenta el mundo, no puede ser más disolvente ni más desolador. Han pasado largamente los grandes tiempos en los cuales, a pesar de las muchas desgracias y los muchos males que los afligieron, aun se podía despertar a los seres a la acción, porque aun existía la vergüenza. Pero hoy ¿quién se apasiona por una causa más o menos alta, por un ideal de más o menos generosidad? Hoy no se mueve nadie sino por los más bajos intereses; nadie corre sino tras la satisfacción de los más groseros apetitos.

En el arte como en la política, en las letras como en la intimidad, la corrupción lo ha invadido todo de tal manera, que ya no queda un solo sitio digno, donde pueda el hombre íntegro poner sus plantas, alzar su tienda o abrevar su sed. Como el cochero aquél del angustiante cuento de Tchejov, ya no existe nadie a quien dirigirse para contarle nuestras esperanzas o para aliviar las penas que nos colman, porque nadie nos comprendería. ¿Tendremos, pues, como ese triste cochero a su caballo, que dirigirnos a las propias bestias, a los hermosos árboles o a las frías piedras?

Mirad en el amor, qué comedia más vil se representa. El más íntimo amigo, que abrió su corazón para mostráros lo cuando estaba a vuestro lado, o que, cuando estaba lejos, supo escribiros cartas afectuosas a través de las cuales seguisteis viendo su bello corazón, os ha encontrado hace poco y no os ha reconocido. Es que se ha convertido en hombre práctico, y ya no puede sufrir la presencia de los románticos y de los soñadores.

La mujer que os amaba con ese santo fuego generoso de su primer amor, solicitada persistentemente por el espíritu utilitario del medio y de la época en que actuamos, ha comprendido al fin que la riqueza de los sentimientos no dá para un anillo relumbrante o unas medias de seda como aquellas que luce su vecina... Y os ha dicho una noche en que con más deseos le besabais la boca, la estrechabais contra vosotros y le hablabais de vuestro intenso amor, bajo el alero de su modesto rancho, os ha dicho, tan hermosa, tan suelta y tan tranquila: «¿con qué cuentas, además del cariño que me tienes?» Y luego, un día, para vosotros siempre inesperado, ha huído con el amante rico, o se ha casado con un doctor cualquiera, o acaso es prostituta, que es lo mismo.

Mirad en la política. De acuerdo con cuanto os han enseñado en las escuelas, sabéis que todos los que ocuparon los más elevados cargos y puestos públicos, fueron personas de verdadero mérito, de regular cultura, de virtud intachable o de recto carácter. Pero la realidad os convence de otra cosa distinta, pues en balde buscáis tales virtudes o tales respetables cualidades: no véis más que ignorantes, desvergonzados, cínicos y viles, que os aplastan o aspiran a aplastaros.

Miráis el periodismo, esperando encontrar en él las plumas castigadoras de los falsarios y de los corruptores, y sólo veis empresarios colaborando a la propagación y hegemonía de insectos semejantes.

En la literatura, así en prosa y en verso, no contempláis sino el triunfo de lo ñoño, de lo infeliz y lo degenerado.

En el trabajo, sólo halláis en vuestros compañeros de yugo y de pobreza, la abyección, el servilismo y la humildad tremante y pordiosera.

Y en la plaza, en fin, a donde habéis corrido a gritar vuestras indignaciones y a hablar de una justicia que pondrá remedio al mal que sufren todos, no percibís más que las caras bobas de los pocos transeuntes que se han detenido por un instante a contemplar vuestra figura de Cicerón airado, con visible conmiseración.

Nada es favorable a la salud moral de los seres, en esta sociedad en que vivimos, más y más sumergida en el marasmo. Todo es propicio a la cobardía, a la venta, a las simulaciones, a la traición y a las apostasías. Indudablemente, entre estas podredumbres, el optimismo siempre resultará una extraña flor.

Y este es el más grave cargo que podamos hacerle los anarquistas a la sociedad burguesa: que lo haya corrompido todo y que no haga más que añadir astillas a la hoguera, contribuyendo a extender mucho más la corrupción.

Pero este es también nuestro triunfo, el triunfo de la vida, la gloria de la salud que a través de todas las epidemias, por reacción propia, por sinergia vital, ha venido salvando en los mártires, en los apóstoles y en las individualidades de carácter, inmunizadas contra la contaminación, al atacado tronco de la especie, que un día se abrirá en amplias ramas de verdor eterno, para cobijar los bellos nidos que el generoso amor del universo habrá mullido para bien de todos.

El capataz

La sociedad burguesa, o mejor dicho, los burgueses han enmarañado de una manera tal el ambiente, que hasta se han sacado de encima el «trabajo», de vigilar a los trabajadores.

Para no tener ellos ese «trabajo» idearon el capataz. Este es, en términos generales, un tipo que nació sin dignidad, o que si nació con algo, lo perdió el día que aceptó el cargo de milico sin uniforme, para ejercer el mando como un sargento del escuadrón de seguridad.

¿Cómo puede un trabajador consciente de sus derechos, estar de acuerdo con éste bicho que le muerde y le patea a cada instante?

El enemigo más directo que tienen los que trabajan, es el falderillo éste; él es el que los maltrata en el trabajo, él es la sombra constante que persigue al obrero, él es el que hace de alcahuete, el que lleva al escritorio del patrón todos los chismes y cuentos que inventa él muchas veces, para desalojar a un obrero que por no estar conforme con el régimen actual, protesta.

Se ha tratado (pero inutilmente) en varios sindicatos, de armonizar lo inarmonizable: asociar a los capataces con los obreros. Aunque ésto se lograra, no cambiaría por eso la función de autoridad que éstos ejercen, ni serían más buenos en el trabajo que lo son ahora.

Los más audaces y pillos, para catequizar incautos se dicen ellos mismos compañeros, pero no dicen si son compañeros de los burgueses o de los obreros; yo afirmo sin temor a equivocarme, que son amigos de los burgueses.

¿Cómo es posible que siendo compañeros míos oficien de mandones y defiendan con tanto ahinco al capital?

Los hemos visto en el gremio de Albañiles (y así los hay en todos) ir de delegados al centro de constructores, (cueva de ladrones); venir a las asambleas haciendo ostentación de rebeldes, pero cuando los burgueses les tiraron con el hueso, cuando les dieron el puesto de milico sin uniforme, se acabaron las rebeldías, se acabaron las ideas, se convirtieron en perros de la peor calaña, tiranizando ellos mismos más que los propios burgueses.

El capataz es el hombre de dos caras, como una moneda antigua que había en España; en la calle o en la casa, parece hombre razonable, pero en el trabajo no se le oyen más que voces de autoridad, no se le siente decir otra cosa que: «trabaje, que hoy no se ha hecho nada, que si viene el patrón nos va a retar». Y así siempre. ¡Cuánta paciencia tienen los trabajadores!

Si éstos perros capataces tuvieran tanta conciencia como quieren aparentar tener, no harían de milicos en el trabajo; dejarían éste denigrante «oficio», para que los burgueses, que no hacen nada, se estuvieran como postes, parados ante los que trabajan, y así al menos, estarían expuestos a caerse de un andamio, o tropezar en un cascote y romperse las narices contra el suelo.

Si yo fuera capataz de los capataces, los ahorcaría a todos y después me ahorcaba yo para que no quedara rastro de semejante canalla.

El capataz es el látigo dispuesto a descargarse siempre sobre el que más se distingue como obrero consciente; él es el perro que muerde, él es el burro que más patea, él es el

que despide al obrero, él, el que lo deja en la calle, y cuando lo ve sin trabajo, sin pan, y sin abrigo, se ríe, se vanagloria, y goza entre los imbéciles, y dice: «¿han visto lo que le pasa a ese, por ser altivo? Lo eché; que se embrome, así aprende».

Conozco aquí un capataz que le dijo a un obrero que le pidió trabajo: «mira, no se si podré hacer que entres a trabajar; pero si llegas a ir conmigo, te advierto que dentro del trabajo no hagas propaganda; fuera de allí, puedes hacer lo que quieras, pero por favor, no me comprometas». Y pretende éste que así habló, pasar por compañero consciente. ¡Oh, burgueses, qué bien habéis estudiado vuestra organización!

Pero lo más doloroso es que haya trabajadores que sufran el latigazo directo, y estén conformes, y que cuando cobran el miserable jornal que les pagan, los conviden a tomar la copa juntos, y hasta hay quien los convida a comer.

Burgueses, frailes, comerciantes, milicos, capataces, perros de dos patas, todos, yo os doy el mismo calificativo, y os daré el mismo destino, cuando llegue el día de la liberación: tendréis que pasar al museo de cosas inservibles, para que las generaciones venideras sepan qué clase de parásitos nos tocó mantener a nosotros, por tontos.

Y tú, obrero que soportas la carga con resignación suicida, ¿hasta cuándo piensas aguantar esa carga? Esperamos, esperamos siempre, verte surgir rebelde contra todo y contra todos, pero tú estás muy tranquilo, aguardando que caiga de arriba tu emancipación. Mas aguardas inútilmente, pues ella reside en ti. Mientras no te saques del cerebro las ideas añejas que has heredado, seguirás esclavo, y el capataz seguirá dándote latigazos, como el burgués explotándote, los comerciantes robándote y los frailes engañándote.

J. García.

Rosario, Marzo 23 de 1923.

El candidato a diputado

I

—Bueno, ya saben que mañana es día de elecciones y que no tiene que faltarme ninguno. ¡A no enfermarse ni hacerse el chancho rengo! ¡Todos a votar, a cumplir como buenos argentinos!... ¿Me han oído?

—Como no, patrón...

—Pierda cuidao...

—Lo que es yo... ya sabe patrón que el pardo Flores es como hacido de medida pa estas cosas. Habrá carne con cuero, me imagino, ¿no?

—Habrá de eso y de todo, como siempre... Está demás preguntarlo... Y últimamente, aunque no hubiera nada, hay que votar y basta.

—¡Ah! eso, ni qué hablar.

—¡Me lo va a decir a mi!

—¿Y a mí, gran pucha?... Y esta güelta gustar mucho carrera... Yo creo que coloraos entran sola, sí, sí. ¿No es cierto, patrón?

—¡Que van a hacer esos piojosos!... ¡Hijos de una gran... tal por cual! ¡Demasiado han robado durante una punta de años, y ya se pueden echar nomás a dormir!

—Me lo va a decir a mi... ¡Si los habré filiao a los muy ladinos!

—Pero si esos, comparaos con la misma mier... coles (perdone patrón) entuavía valen menos.

—¡Hum!... Son muy auteros...

—Así reventar todos esos cochinos, gran pucha! A mí, vez pasada, ¡chanchos de porra! hacer pagar diez pesos multa porque agarrar carro sin farol por el carretera.

—Déjenlos nomás, que ya se les van a acabar las ínfulas a todos esos rasposos...

Así dialogaban en una espléndida mañana del mes de marzo del año 1918, reunidos en el corral grande de la Estancia «La Gaviota», su patrón Don Enrique Malcomia y sus peones. «Don Enrique», como le llamaban todos, era uno de esos hombres de carácter impulsivo, desconsiderado y déspota, que nunca desperdician la oportunidad de ultrajar a sus semejantes, ni dejan escapar la ocasión de trampear a media humanidad o de violarle la mujer al peón que la tenga; como del mismo modo saben fingirse mansos y afectuosos cuando las circunstancias lo exigen.

Cuando el patrón terminaba las últimas palabras del referido diálogo, un mocetón como de unos 18 años, desmontaba de un lindo «obscuro tapado», junto a la tranquera del corral, y dirigiéndose a Don Enrique habló así, mientras ataba el animal a un poste:

—Dicen los Pereyra, señor, que ellos nada tienen que hacer y que los deje en paz, que si el alambrao está caído es porque sus mesmos animales lo han goltiao.

—Está bien; ya se las verán conmigo... ¡Qué se habrán creído esos sarnosos!

Y mientras así decía Don Enrique, se castigaba con la fusta las cañas de sus finas botas de charol. Y Bibiano, que así se llamaba el recién venido, agregó:

—Además, me dijeron que ya están cansaos de tantas macanas, y que si usté está ido de la cabeza, que se vaya pal manicomio.

—¡Y vos, guacho!—gritó furibundo Don Enrique—¿no supistes romperle el alma? ¡Contestá!

—Y... yo, patrón... ellos, sabe...

—¡Desgraciado! ¡Para eso sirven ustedes: para dejar que cualquiera me basuree a mis espaldas, como se le dé la gana! ¡No tenés vergüenza! ¡Tomá para que te acordés!

Y su fusta cayó dos, tres veces sobre los lomos del pobre muchacho, que apenas si se atrevió a protestar:

—¡No me castigue, patrón!

—¡Que no te voy a castigar, guacho, perro! (Y seguía azotándolo como a una bestia). ¡Caminá, desensillá ese animal y cebame mate!

Bibiano obedeció, pero en sus ojos brilló un relámpago de ira: hubiera fulminado al patrón en ese momento. El patrón se alejó refunfuñando:—¡Perros, guachos de porquería! ¡Los voy a matar a palos, hijos de una gran tal por cual!

Don Enrique era el tutor del muchacho y por eso éste lo soportaba tanto. Además, Don Enrique encabezaba la lista de candidatos a diputados por la tercera sección electoral, y esto lo tenía preocupado y de mal humor.

—Pero es mala entraña,—articuló uno de los peones, cuando el patrón se hubo ido.

—Genio y figura hasta la sepultura, sí, sí,—agregó el vasco.

—Pucha, dan ganas de dijuntiarlo, ¡Dios me perdone!—repuso otro de los peones. Y Don Crisanto, un viejo que hablaba poco, masculló medio para él solo:—Pa eso el hombre tiene plata y es candidato a diputao.

Y por sobre sus secos labios se paseó una sonrisa que tenía mucho de triste.

II

Ya de noche, se hallaban todos los peones en el galpón tendiendo sus recados como para «pegarle al ojo», cuando se apareció Don Enrique como un fantasma.

—¡A ver, Bibiano!

Por allá, por el fondo del galpón avanzó el requerido diciendo:—Mande, Don Enrique.

—Montá a caballo y rápido te largás al destacamento y le entregás esta carta al oficial Costa.

—Ta bien, patrón. (Recogió un cuero, la «natana» y un par de riendas y salió disparado con chijetazo).

—Y ustedes,—añadió el patrón dirigiéndose a los demás peones,—no se vayan a descuidar ¿eh?... Ya saben que al rayar el día tenemos que salir.

—Pierda cuidao...

—Así se hará...

Don Enrique se retiró.

—Pucha que es antojadizo el patrón. Pobre muchacho, ¡qué galope!—se le ocurrió a uno de los más chachareros. Y aseguró el viejo Crisanto:—Pa eso el hombre tiene plata y es candidato a diputao.

III

Eran poco más o menos las dos de la mañana, cuando Bibiano entró, de vuelta, al galpón. El viejo Crisanto estaba todavía despierto, y cuando Bibiano se disponía a echarse sobre los cueros, el viejo le habló muy bajo:

—¿Ya estás de güelta, muchacho?

—Ya...

—Mirá, vení, atracate. Vamos a conversar.

Medio se incorporó, acodándose en los bastos que tenía de cabecera, y prosiguió:—Atracate, que se me ha ocurrido algo del mesmo diablo.

Bibiano sin decir palabra se acercó al viejo y escuchó.

—Mirá, muchacho, yo soy viejo, y pronto nomás no quedará de mí ni el recuerdo, conque atendé lo que viá a decirte, pero prometeme que dispués del rilato vas a montar a caballo y te vas a dir pa nunca más dar güelta la cara a estos campos disgraciaos, ¿me óis?...

—Hable, viejo.

—Pero te vas a dir ¿eh? Y ni a mi mesmo me digás pande vas a dir, ¿me oís?...

—Cuente, viejo, que ya me muerden las ganas.

—Mirá,...puayá, puel año setenta y tres, cuando yo cayí a esta estancia, era el patrón el padre de este desalmao, que murió a los dos o tres años de mi llegada... Conocí acá mesmo a un mocetón más güeno que el pan. Demetrio se llamaba, y era el encargao del puesto de la barranca, ande vivía con su compañera, una mujer lindona y güenaza sin trampa. Pasaron unos años sin que los agobiara una pena siquiera. Llegó el primer cachorro, y aquí entonces el patrón, este mesmo, le empezó a arrastrar el ala a la moza, pero ésta no le respondía... Entonces el muy sotreta, viendo que nada conseguía, la amenazó con echarlos a la calle como a perros, si no acedía a sus antojos. Fastidiada la pobre mujer, que no podía estar en paz ni a sol ni a sombra, terminó por contarle tuito a su compañero. Y aquí cambió de pelo la cosa. El hombre, enterao de la intención de Don Enrique, medio lo dentró a espiar, pero éste, que nada tiene de santo ni de sonso, se tapó la boca y medio se alejó del rancho. Y cuando ya parecía que las cosas habían güelto a su lugar, una mañana lo encontraron a Demetrio asesinao, puayá, al pie de la barranca. Aquí la pobre moza sin nadie que la amparara pasó a ser cosa del patrón... Del finao no se habló más. ni la polecía se molestó más en averiguar nada... ¡Pero qué!... la mujer duró poco tamién... A fuerza de palo y de rezongo, el muy puerco la mató... Quedó el cachorro y...

Se interrumpió el viejo, entristecido por el recuerdo.

—¿Y el cachorro, viejo, y el cachorro?—habló Bibiano, con interés violento.—Vamos, viejo, no se pare; ¿y el cachorro?

—El cachorro... sos vos mesmo, muchacho.

—¡Ah, viejo! ¿Y ricién aura se acuerda? ¿Por qué, viejo, ricién?

Del momento actual

El apogeo de la barbarie.

Es una realidad que bajo ningún concepto debe ser negada ni atenuada: el progreso social (la marcha de la sociedad hacia un grado máximo de libertad y bienestar), atraviesa actualmente por un período excepcionalmente crítico y tenebroso; es una hora de angustias, de zozobras y decadencias; el cuarto menguante de las grandes aspiraciones de fraternidad y justicia. Parecería que toda la energía creadora de la humanidad, esa savia generosa que circula por sus arterias renovándola incesantemente, haya dejado bruscamente de correr; y todas las fuerzas negativas, todas las morbosidades y epidemias surgieran de un golpe a la superficie apoderándose por entero del organismo social. Tal se nos presenta ahora la humanidad, cual un cuerpo enfermo cubierto de llagas y pústulas en horrible supuración.

Observad, sino, el panorama del mundo. No hallaréis un solo rincón donde no ostente su triunfo la tiranía más denigrante y monstruosa, donde haya un límite para la expoliación más despiadada, donde se respeten los derechos humanos más elementales.

Solo se ven por doquier látigos implacables que caen sobre espaldas encorvadas, insaciables vampiros que absorben toda la linfa de sus víctimas, genuflexiones abyectas de lacayos y caricias de infinidad de Judas sin escrúpulos. ¿Queréis encontrar la lealtad, la dignidad, el altruismo? Id a los antros de infección y de tortura, a los ergástulos de nuestra civilización burguesa. Allí los veréis entre rejas y cargados de grilletes.

No cabe dudarlo. La iniquidad social alcanzó su máximo desarrollo; ha llegado a un apogeo de barbarie y corrupción, imponiendo a la humanidad este dilema: renovarse o perecer. A causa de esto, precisamente, es que en vez de abatirnos nos regocijamos; sabemos que la vida es eterna y que triunfará al cabo. La humanidad será renovada.

Sacco y Vanzetti.

He aquí dos nombres que suenan por el mundo como símbolos sonoros de heroísmo, a la vez que señalan la consumación de una infinita injusticia, de un crimen sin nombre. Representan por esto un caso característico del momento actual: dos hombres obscuros, dos hijos del pueblo, destacándose del montón, se enfrentan con la gran bestia estatal y capitalista, y la combaten. Tienen por arma la verdad y la justicia, por móvil su lucha franca y leal.

Pero el monstruo despliega sus tentáculos y los aprisiona; a pesar de su poder, sólo emplea contra ellos intrigas, falsedad y alevosía. Toda la corrupción de la prostituida Themis queda bien de manifiesto.

Es así como estos denodados luchadores se hallan entre rejas bajo la obsesionante tortura de una incertidumbre atroz, entre la vida y la muerte. Si bien en un principio un movimiento enérgico del pueblo evitó que fueran carbonizados, hoy parecen librados a su propia suerte, con la horrible amenaza siempre pendiente. Ya enloquecen casi de desesperación, ya resuelven morir por hambre, pero el corazón de sus verdugos no se conmueve ni se ablanda. Solo habrán de ceder ante la fuerza, ante el empuje arrollador del pueblo.

Y éste, por cuya felicidad lucharon los mártires, tarda demasiado en obrar. ¿Se decidirá a tiempo?

¿Comprenderá su enorme responsabilidad?

Wilckens y Badaracco.

El caso de estos compañeros nuestros no es de los que menos reclaman nuestra atención, actividad y valentía, como así del pueblo todo. Es demasiado conocido el motivo que los hizo caer en las garras de la ley, bajo el odio salvaje de la burguesía y sus servidores.

Pero es preciso no olvidar, e impedir que nadie olvide, la deuda ineludible que tenemos con esos bravos camaradas. Cualquier acto de venganza y brutalidad que con ellos se cometa (y ya se cometieron algunos) debe de inmediato repercutir en nuestro ánimo y hacernos reaccionar al instante.

La casta militarista desborda de rabia y odio insatisfecho. Su primer impulso fué el de tomar atroces represalias sobre los trabajadores y los anarquistas, por la eliminación del sanguinario jefecillo, pero la aprobación y entusiasmo unánimes del pueblo, ante el gesto de Wilckens, los hizo detener. Es lógico pensar entonces que intentarán saciar en este y Badaracco toda su rabiosa vesanía.

¿Y no resulta claro que estos serán doblemente mártires, por nosotros y por todo el pueblo? Hay que obrar, pues, sin dilaciones, haciendo lo posible por crear una corriente popular bastante poderosa, que ponga un freno a los crueles instintos de jueces y soldadotes y aun que los arranque de sus garras. Es una deuda que no debe quedar insolvente sin que hayamos agotado todos nuestros recursos.

El proletariado.

Ved ahí a ese gigante que tanto halagan hoy sus pretendidos redentores, cómo lo apalea y estruja sin piedad la burguesía. Y el *titán* soporta con paciencia lo uno y lo otro. Mientras que va dejando girones de su cuerpo entre los implacables engranajes de una explotación inicua, mientras abona con su sangre y su sudor, la tierra árida y empobrecida, mientras crea, en fin, riquezas sin cuento que se reparten los zánganos, da vida al mismo tiempo a una turba de charlatanes que se disputan el honor de conducirlo, cual a bestia enceguecida.

Y allí están adjudicándose cada uno la *representación exclusiva* del proletariado, hablando todos en su nombre y pretendiendo condicionar su vida en el presente y en el futuro. ¡Cuántas recomendaciones y promesas! ¡Cuánta adulación, sobre todo! Sólo le piden una cosa a cambio de su *salvación:* obediencia, disciplina. En esto coinciden todos, socialistas, sindicalistas, comunistas.

Y ¿qué hace el proletariado? ¿qué es lo que piensa y cree? He aquí una cuestión difícil de contestar, a menos que se haga con las afirmaciones de sus múltiples tutores, que le atribuyen el pensamiento que a ellos mismos conviene.

Pero hay algo que sabemos de seguro: *el proletariado no hace nada;* es hoy víctima pasiva de todos los engaños y expoliaciones. Esto es triste pero es la verdad.

Nosotros.

La hora actual, con sus sus monstruosidades, infamias, claudicaciones y vergüenzas de todo género, necesita de firmes voluntades, espíritus rebeldes, audaces y luchadores que impidan la cristalización definitiva del mal. Nada puede esperarse de los seres pasivos y acomodaticios, ni mucho menos de los vanidosos demagogos que atruenan el espacio con sus huecas declamaciones. Hacen falta savia juvenil, intrepidez, constancia, y optimismo.

¿Y quién más que nosotros, jóvenes y anarquistas, debemos demostrar estas cualidades? A la obra, pues, para ponerlas a prueba. Es la imperiosa necesidad del momento actual.

J. Prince.

Y los ojos de Bibiano eran como dos brasas. Su rostro tomó un extraño color indefinible. Sus labios se contrajeron en una mueca terrible. Sus dedos, como pico de cuervo, parecían querer despedazar la lonja de su rebenque. Y repetía ahogándose de rabia y de dolor:—¿Ricién aura, viejo? ¿Ricién, ricién?

—Güeno, ya lo sabés. Y aura, montá a caballo, y sin dar güelta la cara pa estos campos disgraciaos, andate y no volvás más.

—¡Sí, viejo, sí!

Saltó Bibiano como un resorte. Recogió su recado y después de mirar a Don Crisanto como agradeciéndole, sin hablar nada echó a andar, dejando oir un sollozo fuerte, que más pareció el rugido de una fiera herida. Don Crisanto lo miró alejarse, y luego de permanecer un momento en la misma postura que adoptara al comenzar su relato, fué dejándose caer suavemente sobre el recado, prisionero del sueño.

IV

Punteaba el alba, cuando ya los peones de «La Gaviota», todos con sus pingos ensillados, aguardaban al patrón que los llevaria al pueblo «pa votar». El alazán de Don Enrique, aperado como ninguno, hacía sonar la coscoja, y de vez en cuando lanzaba un relincho como llamando al jinete. Este demoraba ya demasiado. El viejo Crisanto se dirigió entonces al cuarto del patrón, a recordarlo. Lo halló abierto. Llamó repetidas veces, y como no obtuviera respuesta, se coló en él, sin permiso, encontrándose con el cuerpo de Don Enrique tendido en el suelo en medio de un charco de sangre. En vano buscó por todo el cuarto la cabeza del patrón: no pudo hallarla. Abrió entonces la ventana que daba al sol y extendió la mirada al campo, buscando a Bibiano. Pero no; Bibiano ya no estaba más con ellos...Se había ido para no volver nunca, sin doblar la cara hacia los campos «disgraciaos» que dejaba a sus espaldas...

FRANCISCO A. GRECO.

A salto de mata

Mendoza.

—¡De vuelta a los adobes!,—nos dijimos, cuando el carromato de hierro, silbó, nervioso, anunciando la llegada. Pero no, la campiña verdeguea ya, se puebla de vides y de higueras; una sonrisa de vida ilumina la pradera, que se reclina en las serranías, escarpadas y espinosas, en anunciación del Ande próximo.

Ya las acequias rumorean a nuestro paso; aroma de flores y voces amigas nos llegan del bosque cercano; frescura y serenidad nos brindan las cumbres, solemnes a las primeras caricias de la nieve.

Mendoza es la ciudad de los niños. Un jardin riente, como una esperanza, entre los campos yertos y las moles pétreas. Con todo, no nos ilusiona. Hay en ella rancheríos, frío y miseria para los pobres, palacios, calor de estufa y hartura, para los inútiles; inmundas bodegas, pesadas fábricas, cultivos de doloroso sacrificio, para los productores y casas de leyes, de banca, de juego y de lujuria, para los ociosos; impunidad en el asalto, absolución en el crimen, libertinaje en el desenfreno, para los potentados y sus adláteres, cuarteles, plomo y cárcel, para los libertarios.

No nos ilusionamos pues. Nada que amamantó la burguesía, nos ilusiona; pero sí, tenemos una gran esperanza. Fe en nuestra obra, fe en la de nuestros compañeros, fe en todos los hombres, a quienes el ideal anarquista salvará del servilismo, la esclavitud y el vicio.

Mendoza, jardin riente, de flores, agua y exuberancia, te saludo en este alto de mis andanzas, como a un amigo desconocido hallado en una encrucijada, y saludo también a tus hombres, tus mujeres y tus niños, que en esta hora de la humanidad comparten nuestros esfuerzos y nuestras esperanzas.

Ahora, pues, a trabajar.

¡Salud y anarquía, entonces!

Atorrantes.

Hay en estos pagos más plumíferos que personas. ¡Rediez, con los melenudos! Langosta temible... en la bullanga de café. Hombres graves... en el momento de la adición. Mendoza destila charla rimbombante de periodistas y su prensa hueca nos resulta un moscardón insistente, molesto, que saca el cuerpo al primer manotazo. Flojazos, no sirven más que para tirar cuchilladas al aire y se entregan al primer postor en sus veleidades materialistas de invertidos del pensamiento.

Ahora están de parabienes, tirando al aire los mugrientos chambergos y vivando la «performance» de Firpo, como deshaciéndose en lengüeteos para el manduquero máximo de las letras, Don Leopoldo, el huésped aprovechado de los Trapiche y demás inútiles.

—En cebándome, ríome yo de la gente. Y ahí están, los muy piojosos, silenciando los más bajos crímenes, mintiendo como el más ruín, los muy prostitutos.

Bohemiones, los periodistas nuestros... Ja, ja. Manduqueros. ¡Atorrantes!

Los agraviados.

El ciudadano Don Mario Bravo, también se largó a «revolucionar» estos pagos y de entrada inauguró sus tremendos «discurseos», con un opíparo almuerzo con los jefes del ejército patrio, los mismos de Santa Cruz y de todas las horas trágicas del proletariado. Pero ¡oh, dolor! se boleó el hombre, y ahi nomás se largó a decir que el pueblo mendocino era un compuesto de borrachos, degenerados y tuberculosos. Más le valiera haber callado. La turba brincó, al sentir las espuelas en los ijares, y la pandilla política batió a toda máquina, el estribillo del agravio. Y un buen día, cuando nosotros paseábamos tranquilamente bajo las arboledas amigas, el malón se descolgó por la ciudad y tras el cintarajo de la patria — la de ellos — los «curados», trasudando «alpiste», babosos, estereotipada en sus carnes arruinadas, la degeneración, pálidos, sin voz en sus pulmones desechos por el vicio y el trabajo, se largaron a blasfemar contra el mentiroso, el diputado indecente, el político que, posiblemente, por primera vez en su turbia vida de mendicante de votos, cayó en la equivocación de desnudar la verdad ante el pueblo.

Con todo,—pensábamos nosotros,—este sucio ha sido por un segundo y por equivocación, un hombre decente. La verdad hiriente, desnuda, no debía de macularla nunca tal *cenador*. Sólo los anarquistas tienen derecho a ser abofeteados y morir por ella...

La voz de la turba se perdía en las sombras en avance.—¡Viva el gaucho! ¡Vivaa!...

¡Viva el gaucho!

Grito trágico, símbolo de los tiempos que se van.

Los pobres diablos, como los grandes pillos, se babosean con su nombre, legañosean la vista, en su contemplación.

—¡Eh, amigo! ¿Por qué rompe el cartel del gaucho?

—¿Y por qué mierda, ensucian los carteles obreros, chino sonso?

—Es que son del gaucho los nuestros, oh ¿qué se cree?

No hay razón con esta gente guasa, idiotizada con un pillo muerto.

—¿Qué, qué? ¿Que el gaucho ha muerto? Mentiras de los demócratas.

Y las turbas borrachas, degeneradas, tuberculosas, bravean en la impunidad del poder:

¡Viva el gaucho... ¡Viva Lencinas!

Pacheco en Mendoza.

Nos vino a traer su voz amiga, a unir sus esperanzas a nuestras esperanzas, a darnos una manito.

Días lindos, en que flameó el verbo anarquista, como nunca. Obra nuestra, es la de semillar eternamente el surco; cuando una mano amiga se une a la nuestra para roturar la tierra y preñarla de gérmenes sanos, nos llena de satisfacción.

El trabajo voluntario, realizado en el acariñamiento con el ideal, ha de traducirse tarde o temprano en riqueza: fruto sazonado, cosecha ubérrima.

La jornada realizada es de esas.

Salud, entonces, Pacheco, y hasta la vuelta.

JOSÉ M. LUNAZZI.

2ª quincena de Marzo.

LA EVOLUCION SOCIAL

Conclusión.

II. LA REVOLUCIÓN

Hasta el momento de la revolución, el desequilibrio iba en crescendo; desde ese momento se marcha hacia el equilibrio. No hay una reintegración en manera alguna del equilibrio antecedente. Las fuerzas se han trasmutado; siempre existen las cuatro, en síntesis, que hemos mencionado, pero esas fuerzas son distintas; luego, deben producir un equilibrio por su neutralización, pero un equilibrio distinto del antecedente; en caso contrario, es decir, si hubiera desintegración y reintegración sucesiva, no habría progreso.

Es necesario notar que en la desintegración hay integración, es decir, que se realizan dos integraciones en pugna.

En síntesis: 1. La integración genésica normal es superior a la supergenésica (evolución); 2. La integración genésica normal y la supergenésica tienen el mismo valor (revolución) y 3. La integración «super-genésica» es superior a la genésica normal antecedente y comienza a constituir en sí una integración genésica normal (cristalización).

Se pueden hacer a este modo de juzgar las cosas, dos objeciones fundamentales: 1. ¿Cómo conciliar la proposición de que en la revolución las dos integraciones tienen el mismo valor, con el hecho de que en esta existen las «minorías revolucionarias»?; y 2.:—Dos fuerzas de igual dirección y de sentido contrario, de las cuales una crece constantemente (super-genésica), y la otra decrece sin cesar (genésica normal) están en desequilibrio creciente; ahora bien, la fuerza super-genésica sigue creciendo constantemente, aun después de la revolución, ¿cómo pues, después de la revolución se va hacia el equilibrio en un desequilibrio decreciente?

Los dos hechos, de las «minorías revolucionarias», y del creciente equilibrio post-revolucionario, son reales y no están en contradicción con la teoría expuesta.

He dicho que en el período «revolucionario» las dos fuerzas que principalmente actúan (genesia normal y super-genesia) tienen el mismo valor. ¿Implica esto que el número de individuos que las representan debe ser igual, siendo igual el valor de las dos fuerzas? No; la «minoría revolucionaria» no significa la «minoría energética». La primera objeción no tiene valor.

He dicho que la fuerza super-genésica es creciente aun en el período post-revolucionario. ¿Es esto cierto? Evidentemente no. Esta es una proposición inexacta cuya inexactitud deriva de una limitación del lenguaje. En efecto, en el período post-revolucionario, la fuerza que en el período de evolución era super-genésica con relación a la genésica normal, deja de serlo. Producida la revolución todas las fuerzas «descienden»; es que con la revolución nace un nuevo plano de referencia superior al antecedente y al levantarse el sistema de referencia bajan los sistemas referidos. Es así que la fuerza super-genésica desciende a genésica normal y la genésica normal del equilibrio antecedente desciende a hipogenésica en el mismo grado.

Además de la pre-revolución (evolución, desequilibrio creciente) y del período siguiente (revolución), existe un tercer momento que he denominado post-revolución (cristalización): esta es una fase de equilibrio creciente (período de sanción).

La fuerza super-genésica, fuerza de movimiento en la pre-revolución, en la revolución se convierte casi totalmente en fuerza de reposo, que va creciendo en el período de post-revolución (período de cristalización o de sanción) siendo fuerza genésica normal por el proceso de «descenso» ya mencionado, al mismo tiempo que crece, pero en menor proporción, una nueva fuerza super-genésica y se inicia un nuevo período de evolución.

Todas las instituciones caen con la revolución y comienzan a nacer otras en la post-revolución que sancionan la nueva mentalidad colectiva que cristaliza asi en instituciones (período de cristalización).

Vemos así destruida la corriente teoría de la revolución que considera a esta como un «movimiento»; precisamente es todo lo contrario nuestra teoría. La revolución no solo no consiste en un «movimiento», sino que, todo lo contrario, consiste en la transformación casi total de la fuerza de movimiento (fuerza super-genésica) en la fuerza de reposo (fuerza genésica normal) y es el momento que separa el punto culminante de un proceso de desequilibrio creciente (evolución), del comienzo de un proceso de equilibrio creciente (cristalización).

III. EL SOCIO-PSIQUISMO EN LA HISTORIA

Hemos examinado una mentalidad colectiva y la hemos seguido en su constitución (integración) y en su destrucción (desintegración) haciendo mención y estudio de los factores principales que cooperan a su nacimiento (generalización post-revolucionaria de la fuerza que en el período pre-revolucionario denominábamos super-genésica) y a su muerte (genio y generalización pre-revolucionaria de la fuerza super-genésica).

Es necesario estudiar ahora la evolución histórica del psiquismo, no ya de un socio-psiquismo sino del psiquismo humano en su integridad.

Un psiquismo social no constituye sino un momento en la transformación psíquica de la humanidad; involucra «un» noo, «un» timo y «un» praxi-psiquismos pero, para estudiar la evolución histórica «del» psiquismo es necesario examinar genéticamente y en el «sentido de la historia», la evolución de la «inteligencia, de la sensibilidad y de la voluntad» humanas.

Es fácil llegar a compenetrarse de la trascendencia del problema: se trata de plantear y resolver la cuestión del «sentido de la historia», uno de los problemas capitales de la historiosofía.

Toda historia supone una historiografía y toda historiosofía una historia, de la misma manera que la cosmografía, la cosmología y la cosmogonía, integran tres disciplinas científicofilosóficas en secuencia lógica y cronológica. Esto es verdad si aplicamos el método inductivo. No creo que el método inductivo sea el científico, pues la ciencia aplica leyes cuya aplicación, por el hecho de ser «aplicación» constituye un procedimiento deductivo; el método deductivo usado en la forma en que lo hace la ciencia, constituye un procedimiento exacto. Asi, y practicando la tal metodología, es como podemos hacer historiosofía sin hacer previamente historiografía e historia, aun cuando las conclusiones a que arribemos quedan pendientes del juicio de las disciplinas científicas últimamente mencionadas.

«La ontogenia, ha escrito Haeckel, es una recapitulación abreviada de la filogenia» y ha hablado de los tan cuestionados caracteres palingenéticos y cenogenéticos que bien podían salvarle la situación cuando fantaseaba en la aplicación concreta de su proposición legal.

No quiero discutir sobre el valor o carencia de valor de su ley (biogenética fundamental, Haeckel) ni quiero recordar las críticas que le han hecho autores eminentes (Dohrn, Vialleton, Hertwig, d'Oppel, Keibel), ni tampoco indagar si sus investigaciones «n'ont ni grande valeur, ni grande originalité», según se expresaba Minot (Branca «Embryologie»); me limito a indicar que la ley «biogenética fundamental», posiblemente tenga valor como ley, y que, como «todas» las leyes científicas debe «acomodarse» a los casos particulares, significando que la tal ley es cierta siempre que no la queramos aplicar «estrictamente» a casos concretos y que tengamos en cuenta factores como el de los desenvolvimientos condensados, según piensa W. B. Scott («La teoría de la evolución»). Es así, y aplicando las verdades de la psicología genética, en especial, de la psicología ontogenética, y la ley biogenética fundamental, que podemos hablar del «sentido de la historia» y dar como proposiciones legales en historiosofía, a las leyes que rigen en la evolución ontogenética..

El psiquismo humano, en conjunto, y los elementos que lo integran (freno, estesio y praxi-psiquismos), evoluciona con sujeción a las leyes fundamentales de Spencer, es decir, que realiza un proceso de heterogeinización, de diferenciación y de integración crecientes.

Si estáticamente existe una proporcionalidad inversa entre las masas afectiva, gnósica y volitiva en cada psico-estado (relación cuantitativa) y una relación cualitativa directamente proporcional, dinámicamente, vale decir, en la evolución histórica del psiquismo, existe una proporcionalidad directa entre el «desenvolvimiento» (heterogeinización, diferenciación e integración) gnósico, estésico y volicional.

Particularizando, diremos que desde el punto de vista del timo-psiquismo (masa afectiva) se marcha hacia los psico-estados con predominancia afectiva con escasos concomitantes «fisicomiológicos»; desde el punto de vista del freno-psiquismo, podemos decir que se realiza un proceso hacia una abstracción creciente y, considerando la evolución volitiva de la humanidad, podemos decir que se marcha hacia una menor lucha por la vida: he ahí el «sentido de la historia».

IV. EL PORVENIR

Las leyes que han regido la evolución histórica hasta el presente, las

podemos lógicamente aplicar a la evolución histórica futura. ¿Cuales son las consecuencias de tal aplicación? La afirmación de que la sociedad del porvenir constituirá un sistema ampliamente integrado (comunismo) con una alta diferenciación intra e inter-individual (individualismo).

La evolución del socio-psiquismo, según la ley biogenética fundamental es la misma, fundamentalmente, que la del onto-psiquismo; si es así, la mentalidad colectiva sigue un proceso histórico constante hacia mayor multiplicidad y hacia mayor unidad (Hoffding) pues en esto consiste la evolución psico-ontogenética.

La decreciente lucha por la vida (Ingenieros, «La simulación en la lucha por la vida») nos lleva sin duda a un comunismo económico y a un individualismo ético.

Benditas sean las verdades científicas que nos prometen una edad sublime; benditos sean los proféticos lirismos del idealismo que vislumbraron, a través de las brumas del tiempo, las eras que vendrán!

Puso Séneca en boca del Coro de su «Medea» la profecía que llevara Colón grabada en su pensamiento, y que podría haber izado a manera de pabellón de esperanza sobre el palo mayor de su carabela: «Llegará un tiempo, en el camino que los siglos sigan...», decía el poeta.

El examen está realizado, hecha la deliberación, nuestra decisión tomada; sólo falta realizar nuestro ideal apoyado por la ciencia, sublimado por nuestra esperanza. Fuera cobardía, ruindad, degeneración, volver la espalda a lo que ama nuestra alma y postula nuestro pensamiento. Fuera absurdo calculismo ruin, enfermo de villanía, saturado de encanallamiento, renunciar al porvenir arrojándolo a las llamas en holocausto del presente. Fuera escribir con nuestros actos una nueva página negra en la historia de los hombres.

Solo podemos levantarnos sobre la mediocridad contemporánea, y como aquél vidente, erguido sobre las crestas de las olas, vislumbraba ignotas tierras, profetizar el porvenir.

Pensemos más alto, sintamos más hondo, marchemos más lejos que lo que lo han hecho los hombres desde que se levantaron sobre las riberas del Nilo las absortas pirámides de Egipto, y, más aun desde que comenzaron las peregrinaciones dolientes de la humanidad, a la sombra de las selvas, bajo el palio del cielo, con la frente bronceada por el sol.

AD. C. LÉRTORA.

La Plata, Febrero 10 1923.

Contra los tiranos

Acostumbrados a los crímenes y violencias y a todos los horrores emanados de este inhumano sistema de explotación y opresión, de preponderancia y prepotencia de la fuerza bruta, rodeados de fieras tiránicas que acechan todo movimiento nuestro para aniquilar sin piedad al que se atreva a rebelarse o a propagar la rebelión, vemos, acobardados, cómo se cometen diariamente, en todas partes, terribles atropellos, sin que nos atrevamos a protestar, sin que seamos capaces de una acción eficaz, para contrarrestar la furia homicida y represiva, de los lobos insaciables de sangre obrera.

Vemos en Italia cómo las hordas salvajes de Musolini, destruyen, incendian, matan y violan, todo lo que es contrario a su nacionalismo inconsciente y bestial que pretende perpetuar los privilegios de la casta burguesa la que, presintiendo su próximo fin, se aferra desesperadamente a la violencia asesina, para poder seguir disfrutando de una vida crapulosa y viciosa, de lujo y corrupción.

En España, la burguesía que asesinó a Ferrer, emplea los mismos medios violentos y criminales, para impedir el advenimiento del còmunismo, cuya idea va encarnándose fuertemente en el proletariado español.

También allí innumerables compañeros han caído asesinados por los «libres» y por los perros asquerosos de la guardia civil. Caían, acribillados, en las sombras de la noche, lavando con su generosa sangre, las duras piedras de las calles.

Con el pretexto de la fuga, eran eliminados por las balas traicioneras, los mejores y más activos camaradas.

¡Y nosotros, impasibles! Fríos y atontados, hemos sabido de esos horrores y los hemos tolerado sin protestar. Hemos sabido que los obreros sospechosos para la tranquilidad de la traidora burguesía, eran conducidos por las carreteras en largas y dolorosas peregrinaciones, a su pueblo natal, para una vez allí, ser vigilados y encarcelados nuevamente.

Todos esos atropellos, se han cometido sin que nuestra conciencia revolucionaria, nos empujara a accionar altivamente, sin que nuestra solidaridad se manifestara de una manera elocuente y decisiva.

También aquí en esta «libre» república, se explota a los obreros y se les asesina cuando resisten a dejarse explotar. También aquí la clase obrera ha sufrido vandálicos atropellos y sangrientas represiones. La degollina de «la semana de enero» y Santa Cruz, lo atestiguan.

En los dos casos, el crimen fué premeditado. Querían aniquilar los hombres y las ideas revolucionarias, porque veían atemorizados, el despertar de la clase obrera. ¡Recordemos siempre a esos millares de hermanos explotados, que fueron sacrificados ferozmente, al monstruo capitalista!

Pero no solamente se cometen injusticias en las naciones capitalistas, sino que también en Rusia, en la Rusia de Lenín y Trotzki, donde existe el «comunismo» y un gobierno obrero, se encarcela, se mata y se destierra, a los que no se someten al partido bolchevique que gobierna despóticamente, imponiendo la dictadura del proletariado, que no es del proletario sino del flamante partido comunista.

Y no solamente son tiranos y bárbaros los nuevos gobernantes del pueblo ruso; no solamente emplean la fuerza bruta para oprimir. Emplean también un arma temible, un arma marxista: la calumnia.

Sí; todos los que se oponen al gobierno de estos jesuítas ambiciosos y rastreros, son difamados y calumniados. Así han podido eliminar a muchos revolucionarios que permanecieron consecuentes con las ideas anarquistas. Millares de anarquistas y de hombres de otras tendencias han sido víctimas de la intriga y la calumnia y del furor reaccionario de los tiranos más cínicos y mentirosos que ha habido en la historia de los pueblos.

¿No conocemos nosotros los inmensos y dolorosos sacrificios que realizaron nuestros camaradas en la lucha difícil que tuvieron que sostener para abatir al zarismo? ¿O es que queremos con nuestro silencio justificar esos crímenes? Hora es ya que protestemos enérgicamente, de los atropellos que los dictadores rojos cometen contra los anarquistas.

Sabemos que el gobierno bolchevique quiere cometer un nuevo crimen. Quieren conseguir la extradición de Héctor Makno, para fusilarlo.

¿Motivos? Desconocer y oponerse a la dictadura del partido comunista. Debemos oponernos a que el gobierno de Polonia entregue a nuestro compañero a los tiranuelos de Moscú. Más todavía: debemos exigir al gobierno polaco la libertad del citado camarada, pues sabemos que en la actualidad está encarcelado en Varsovia.

Debemos pues emprender una campaña de agitación, para que sean libertados los camaradas que están sufriendo en las cárceles de Rusia por el único delito de haber propagado y defendido la anarquía.

REMEMBER R.

Buenos Aires.

De la vida linyeril

San Juan Bautista

Cuando llegué al puente, sofocado y con los pies llagados, arrojé mi «mono» al suelo y me sequé la frente, maldiciendo a los culpables de tan miserable existencia.

Miré en mi redor en busca de alguien, porque los puentes son casas siempre ocupadas, nunca faltan inquilinos, y me encontré con un animal que parecía hombre: vestía arpillera. Cabellos largos, negros y enmarañados como un matorral; barba desgreñada, cual una rama arrastrada por el lodo; piel qne pedía jabón y cepillo a gritos, sellada con largos años de sol ardiente y vientos ajantes.

—¡Salud!...

Acostado boca abajo, leía «Los Vagabundos» de Gorki. No levantó la vista ni contestó a mi salutación, como si no hubiera notado mi presencia. Padecía de una tranquilidad imperturbable. Yo me inquieté por tal desprecio. Ya lo iba a increpar, requiriéndole más atención, cuando cerró el libro lentamente y dijo, sin mirarme siquiera:—«Tenía interés en terminar el capítulo. Anduve mucho sin leer. Y tanto filosofar a solas, puede hacerme mal. Leyendo se descansa. Ahora he descansado».

Invitélo a comer. Traía media galleta dura como una tosca y unos fiambres. El no había comido, pero no tenía apetito tampoco. Mate no tomaba.

¡Esto si que es raro!—me dije. ¡Si el mate es toda la vida del linyera! Desde el puente caíanle gotas de agua en las piernas. Estaba empapado; pero no lo hubiera advertido si no le llamo la atención sobre ello. Se estaría dos horas mojándose. Sin decir más, se arrastró un poco hacia adelante. Luego protestó de la construcción de los puentes:—«En cualquier dirección que estén trazados hay corrientes de aire perjudiciales para la salud».

El no trabajaba. «La naturaleza—decía él—brindaba a manos llenas toda clase de alimentos. Basta conocerlos. Hay que ser totalmente degenerado para servir de herramienta de producción sin usufructuarla y aun así. Tampoco es posible gozar de salud agotando las fuerzas. El hombre debe trabajar solamente en lo necesario a su sostenimiento y procreación».

En mi ingenuidad de neófito, preguntéle si siempre andaba así.

—¿Cómo así?

—¡Hombre!, sin domicilio...

Hizo una mueca que decía: ¡qué ignorante eres! ¡qué tonto eres!

Efectivamente: no me había percatado aun de que yo tampoco tenía domicilio y que miles y millones de hombres carecen de un nido donde amar y cantar. La educación estatal me había atolondrado tanto, que creí a todo el mundo con domicilio... y hoy estoy convencido de que son muchos miles los hombres que desconocen en absoluto este fenómeno social, urbano y rural.

«El tenía por domicilio el palacio más grandioso imaginable, en cuyo techo estaban engarzadas las piedras más preciosas del universo»...

Era tan magnífica su tranquilidad, tan bella su quietud y despreocupación, que causaba envidia. Estaba ajeno a todo lo artificioso, creado por los hombres. Conocía la naturaleza profundamente, y su sabiduría en botánica me dejó atónito.

Yo rabiaba. Un atorrante. Un sabio. Una integridad cabal que no se relaciona con los de su mismo género.

«Viajaba de norte a sur y viceversa. Ahora había llegado muy al sud: Chivilcoy. Era otoño; caminaba hacia el norte, y en primavera hacia el sud. Del Paraguay a Bs. Aires, para vivir siempre en clima templado».

Aun no me había mirado. Yo anhelaba ver el brillo de sus ojos. Debían tener una característica, encerrar un misterio. Pero no logré mi objeto.

La armonía infinita, tan magnificante en la inmensidad estelar, estaba también en esa alma, mecida por la quietud maravillante del universo.

Después se durmió como un niño.

Quería hablarle de nuestro ideal, de la anarquía; pero me asombró ese salvaje, ese sabio. Era muy superior a nosotros en punto a desprejuiciamiento. Me daba rabia su indiferencia por los esclavizados al prejuicio autoritario.

Al refrescar la tarde, echó sus arpilleras a media espalda y me dijo que «se iba al Paraguay (como si quedara a la vuelta de la esquina), que ya había llegado muy al sud».

Echó la vista adelante y caminó... sin decirme: «si te he visto no me acuerdo».

Quedé sólo. En medio de esas inmensidades uno cree ser el ùnico habitante del universo. Pero ese hombre, ¡ese hombre! Juan Bautista bíblico, era el hombre más *libre* que he hallado; y su silueta y pensamientos me persiguieron por mucho tiempo.

J. E. STIEBEN.

Pico, Marzo 1923.

Administrativas

Recibimos las siguientes cantidades:

Avellaneda.—Sub Comité «La Antorcha» 6.00.

Armstrong.—J. Giudici 4.00 y 0.40 para «Por el amor»; lo demás por rifas fué entregado al Comité Pro Presos.

Berrotarán.—C. Grosati 1.00.

Berisso.—G. Broncano 2.00, J. Canosa 1.00, A. Martinez 3.00. J. Noya 1.00.

Bs. Aires.—C. Astorino 1.00, F. Faragasso 2.00, M. Sanchez 1.00, por int. de «La Antorcha», A. Mascaró 4.00 por idem.

Colonia Castex.—C. Sola 5·40, por int. de «La Antorcha»; lo demás entregado al Comité Pro Presos.

Cinco Saltos.—Cañadas 2.40 por int. de «La Protesta».

Ensenada.—Liajoveskin 0.50.

Ingeniero Luiggi.—M. Sanz 1.20.

La Plata.—S. O. Mosaístas 10.00, A. Dukelsky 1.00, Balbuena 1.00, P. Lunazzi 0.20 de «Por el amor», Baich 0.20, V. Barrio 1.00, A. Imperial 1.00, J. Bennassar 1.00, J. Prinsman 0.20, F. Maffei 0·40, D. Marcoval 1.00, A. Sambartolomeo 1.00, A. Gelman 1,00, Rotger el alemán 1.00, F. Nisú 0.60, S. Feldman 0.40, Kirilosky 1.00, P. Cazzulo 1.00, A. Chichetto 2.00, A. Gonino 0.65, M. Rivero 1.00.

Lanús.—A. Salgueiro 0.40.

Las Rosas.—E. G. Vilches 1.00, y H. Gomez 2.00 recibidos por int. de «La Protesta».

La Violeta.—A. Parracías 1.50.

Mendoza.—Lunazzi 10.00 por int. de «La Antorcha» y 4.50 directos.

Nueve de Julio.—Alfonso Cortegozo 3.00, S. Oliver 2.00, J. Entío 1.00, Smirnache 1.00, A. Castro 1.00.

Olavarría.—C. Vidal 5.00.

Santa Lucía.—J. Cordero 2.00. por int. de «La Protesta.»

Villa Mercedes. (San Luis).—A. Funes 5.00.

Total de entradas $ 101.95

Salidas.—Impresión de éste número (2.100 ejemplares) 88.00. Franqueo, correspondencia, encomiendas 10.00. Total 98.00.

Saldo anterior $ 34.23. Entradas 101.95. Suma 136.18. Salidas 98.00. Para el siguiente número 38.18.

CORREO DE «IDEAS»

Regino Serrano.—*Gral. Madariaga.* Obra todavía en nuestro poder el artículo-denuncia de José Perez, en el que se dice que José Eijo y Heraclio Rebollar creen necesaria la guerra burguesa y en el que se acusa a Vd. de haberse quedado con los fondos y libros del Sub Comité Pro Presos de ahí, como asimismo de su próximo matrimonio civil y religioso. Si todo eso no es más que una mentira, si «José Perez» no es más que un nombre que oculta a un hombre calumniador, sírvanle estas líneas, de desmentido. Pero por favor, camarada, no vengan aquí, a estas páginas, a dirimir la cuestión de referencia, cuando tan fácil y mucho más rápido les sería arreglarla allí, entre Vds. mano a mano, en una reunión de compañeros. A disposición de Vd. entonces, el artículo-denuncia mencionado si lo necesitan.

P. D. Fusco.—*Gral. Pinto.* Contra un individuo como ese, atorado de cargos, que no levanta uno solo, y es además tan infeliz que no sabe otra cosa que publicar las cartitas adulonas que le envían o que él fragúa, y hacer chistes deslomados como el ateísmo, el revolucionarismo, etc, de cualquier proculadrón liberal; contra un tipo de tan bajísima estofa como es ese, nada más hay que escribir, compañero. Y si como Vd. dice, «los ingenuos le creen», aun después de haberles demostrado que su idolillo no es más que un vulgar ladrón, ¿qué hemos de hacerle? Lleno está el mundo de imbéciles que creen en las virtudes de los deshonestos. Déjelo, pues, que siga «vomitando sus sandeces en «El Peludo», como Vd. bien se expresa. Contra ellas no habría que oponer sino una buena pateadura, y para esto, el insecto en cuestión se halla muy lejos de Vd. y de nosotros. Que coma su puchero, que siga adoptando posturas de matoide a salario, que continúe fraguando o pidiendo cartas y telegramas de «olfa», que exprima su flaco magin de avenegra para hacerle producir los chistes más o menos lunfardos en los que muestra sus antecedentes de milico y policía; con todo eso, y mientras no levante los cargos que se le han hecho, solo conseguirá probar al buen entendedor, que es un caído en uso y abuso de su derecho al pataleo.

Comité de agitación pero libertad de Kurt Wilckens.—*Bs. Aires.* Es un manifiesto muy largo el de vosotros, compañeros, para un periódico tan pequeño como es este; además, no añade nada a cuanto al respecto se ha dicho aquí y en tantas otras publicaciones anarquistas y obreras. Por otra parte, las siguientes palabras: «Este Comité asume la responsabilidad del presente y del futuro». Y estas: «convencidos nosotros del fin que espera a nuestro camarada nos aprestamos a desafiar a todos los fueros judiciales representados por magistrados y mandones, declarándoles la guerra sorda y muda» Y estas, en fin: «que al caer la condena sobre estos camaradas caiga también, si es preciso, sobre la cabeza que la dicte», no nos resultan. Ha pasado la hora de las declamaciones y de las posturas. Ha pasado también la de engañar y engañarnos, hablando de una fuerza y de un coraje que no sabemos mostrar sino en los papeles. Radowitzky y Wilckens no amenazaron tanto, y sin embargo supieron pegar. No amenacemos, pues, nosotros, y peguemos si somos capaces; y si no lo somos, dejémonos de cacarear, callémonos y suframos, que es mucho más digno que compadrear de arriba. No pretendemos con esto criticar vuestro manifiesto ni vuestra actitud; sólo queremos fundar el motivo que nos mueve a no publicar el manifiesto en cuestión. Y las razones ya están expresadas. Salud, compañeros.